

res. La virtud verdadera no peca de recelosa. El mal y el vicio se conocen poco por aquellos que no los han vivido realmente. Una mujer se creía tan segura en su lecho como una diosa en su ara. El romano de aquellos primitivos tiempos ofrecía tanto culto al honor de sus matronas como al poder de sus divinidades. Lucrecia no se curó ni de puertas, ni de cerrojos, pues no creía posible ningún atentado á su honra, guarecida por el culto de los romanos á estas instituciones de familia y á sus dogmas y á sus liturgias. Habíase casado por la confarreación. Diez testigos nobles asistieron á su boda. El Pontífice la bendijo con bendiciones de rúbrica. Un sacerdote flaminio asistió al Pontífice. Las haces resonaron en los vestibulos del hogar paterno, ceñidos con flores frescas y olorosas. Las llamas de su fuego sacro brillaron dentro del hogar como debe á la continua brillar en todo festejo doméstico. Admitido el esposo y declarado que participaría de sus lares y de sus cultos, quedó, como parte de su sér propio, entrando en la participación debida de su sacerdocio, pues todo jefe de familia es un sacerdote y toda madre de familia, un asistente necesario al oficio y ministerio sacerdotales. Todo esto quedó coronado litúrgicamente con el sacrificio á Juno, protectora del matrimonio y la oferta de un pan amasado por la novia; dos libaciones, una de vino mielado, y la otra de leche: los holocaustos de víctimas ó animales, á los que se les arrancaba la hiel á fin de arrancar con ellas todas las acerbidades y todas las amarguras á los dos esposos. Después los jóvenes de la familia del esposo habían fingido robarla del regazo de su madre, y ésta le había dado una rueca llena con albo copo de lana en su tópe y acompañada de hueso, timbres y blasones verdaderos de su delicado y hermosísimo sexo. Todas estas ceremonias daban al hogar patricio aspecto de templo, al tálamo de altar al cubículo de santuario, al marido y la mujer de verdaderas divinidades al matrimonio de una religión. Desconocer la hospitalidad, herir á un amigo en su honra, profanar el lecho nupcial, obscurecer con beso adúltero la frente de una matrona, desconcertar la familia, desoir el mandato de la propia conciencia con el mandato de los dioses lares, arrancar á Roma la piedra más fundamental de todas sus instituciones, la piedra del hogar, larga serie de crímenes contra el derecho público y el derecho privado, contra la ciudad y contra los dioses. Pues nada contuvo al perverso. Cuando ya todo había caído alrededor suyo en profundísimo silencio; cuando el sueño primero acaba de convertir los séres activos en séres inertes, coge Sexto Tarquino á la cabecera del hospitalario lecho granjeado por el cariño de una grande amistad, su espada de general, que para mayores empresas le diera su patria, y se dirige al cuarto de Lucrecia sorprendida del todo: que su inocencia, su castidad, su virtud, el respeto á sí misma, el sentimiento de su honor, la confianza en el príncipe llamado á reinar sobre su patria, le habían afianzado una seguridad como la que pudieran tener, ya lo hemos dicho, las divinidades romanas en sus templos respectivos.

El espanto de Lucrecia no tuvo límites al ver en su presencia, inclinado sobre su lecho,





MUERTE DE LUCRECIA

Dr. Pérez D. Rojas. Madrid



á Sexto Tarquino, desnudo, en una mano su luz, en la otra mano su espada, notificándole todo el apetito que sentía por ella, y su resolución de satisfacerlo á toda costa y á toda prisa. Con ese pudor propio de la mujer, Lucrecia se acurrucó en la cama, se tapó más y más el cuerpo con las sábanas, y dijo podía darle aquel infame ladrón doméstico á mansalva muerte, pues prefería la pérdida de su existencia inmediatamente á la pérdida de su honor. Pero Sexto Tarquino le respondió cómo su honra se hallaba más perdida negándose que cediendo; pues proponíase, después de matarla en el acto, traer un esclavo, colocarlo junto á ella, desnudo y muerto, en el mismo lecho, para difundir la especie de haberlo enamorado y atraído á sus brazos la matrona, en los cuales sintió un goce intenso, despertador de una pasión demente, á cuyos impulsos la mató, arrancándola, por este arrebatado de intensa desesperación, á las caricias de su esposo, generadoras naturales y facilísimas de los desapoderados y rabiosos celos. Tras reflexiones, súplicas, instancias, amenazas, resistencias múltiples, en que palabras, y lágrimas, y fuerzas se agotaron, Lucrecia fué vencida por la tenacidad inconcebible de aquel avieso raptor, quien salió huido seguidamente hacia el campo militar, más orgulloso de su crimen, atentatorio á patricios y á dioses, que satisfecho de placeres resistidos, y por fuerza física é imposiciones brutales torpemente alcanzados. Lucrecia, por su parte, congrega la familia, toda la familia en torno suyo; pues los individuos varios de ella, los parientes en grados próximos, componían como una especie de Senado en el hogar, y gozaban de lo que podríamos llamar con propiedad hoy el voto consultivo. Llegan á este llamamiento su padre Lucrecio y su esposo Colatino, en compañía de otros deudos, entre los cuales resaltaba, por su concentración y por su silencio, Bruto, tío de Colatino. Al verlos, el sollozo lanzado por Lucrecia partió el corazón de los suyos, herido y despedazado. Tras este sollozo supremo, en frases entrecortadas por los suspiros, con estremecimientos de dolor imponderables, les narra lo sucedido, y les comunica su resolución de matarse. Al oírla, quieren ellos evitar el suicidio; pero, con la rapidez del rayo, saca un cuchillo que lleva oculto entre los pliegues de su traje, se lo hunde con furor en el pecho y cae sin aliento á los pies de los suyos, muerta y acabada por avivar y sostener su honra. Lucrecio y Colatino, con el dolor propio de padre y esposo, abrázense cual dos náufragos próximos á morir juntos, y sólo sienten la idea y la voluntad incontrastables de morir con la mártir que acaba de inmolarse por ellos, como víctima ofrecida en aras del honor. Pero Bruto, menos interesado en el aspecto doméstico de aquella tragedia, y más interesado en el aspecto político, saca de la herida el puñal, y por aquella sangre casta y pura goteando del arma, jura fundar un gobierno libre, y destruir con los Monarcas etruscos la Monarquía romana. Dicho tal juramento, conjura los ánimos de cuantos allí se hallan para que á él se asocien, y los conjura con arrebatadora elocuencia. Tenido por mudo y por imbécil desde su primera juventud, aquel entendimiento que se alza vigorosísimo, y aquella palabra que resuena elocuente, aparecen como un milagro